

LAS MANZANAS DEL BUSGOSU

I

Era una mañana de marzo, el azul del cielo comenzaba a difuminarse con una incipiente borriña, que presagiaba lluvia. Probablemente el orbayo haría pronto su aparición.

Ni Lucas ni Sabina tenían miedo a la lluvia. Se habían criado chapoteando en los charcos y el barro de los caminos formaba parte de su día a día, como el tazón de leche caliente por la mañana en la cocina o el beso de su madre al acostarse. Al salir de casa se calzaban las katiuskas y cada uno por su lado, echaban a correr los dos hacia el mismo sitio, el molino del río al final del pueblo, donde se encontraban todos los días para ir juntos a la escuela.

Su verde valle, rodeado de montañas, estaba salpicado de pequeñas aldeas que en su momento crecieron alrededor de las minas de carbón, muy abundante en aquella zona. En la actualidad quedaban dos pozos cerrados, uno de ellos a poca distancia de la aldea de los dos niños. De la antigua mina aún quedaban restos como la torre de ventilación, en la cual les encantaba jugar a la salida del colegio porque les brindaba la posibilidad de esconderse, saltar, trepar por las cuerdas que colgaban de la barandilla y sobre todo luchar con palos mientras ascendían la escalera peleando escalón por escalón, hasta lograr proclamarse el vencedor señor y dueño de las almenas del castillo por aquel día. El rey del castillo siempre se mostraba generoso con el perdedor e invariablemente terminaban los dos sentados en la plataforma superior charlando, mientras observaban el paisaje del valle con sus prados, sus bosques de castaños y la carbayera del río al fondo.

-¡Pelupinchu, que *ye* tarde!... Verás como hoy nos vuelve a caer otra bronca, se está haciendo de noche y además va a llover.

-¡Calla Panoya, que ya voy... estoy a punto de pillar una lagartija que *tien* dos rabos... esta no se me escapa!

La tormenta comenzaba a arreciar y olvidando la lagartija, tuvieron que bajar a trompicones la escalera. Recogieron sus mochilas y entre risas y saltos corrieron hacia el pueblo, separándose al llegar a la esquina de la panadería de Pepín, el abuelo de Sabina.

-¡Adiós, Panoya!

-¡Adiós Pelupinchu, hasta mañana!

II

Por la noche, después de la cena, el abuelo de Sabina tenía la costumbre de contar historias. A veces eran recuerdos enriquecidos con detalles de su propia cosecha, otras eran cuentos totalmente inventados y a veces recurría a leyendas de la mitología asturiana, aderezadas con todo tipo de gestos, cambiando la voz para cada personaje porque el abuelo era un gran cuentacuentos.

A Sabina le gustaba especialmente la leyenda del Busgosu y Pepín, una vez más, la narró para su nieta aquella noche. El Busgosu, según contaba el abuelo, era un ser de apariencia de hombre pero con patas de cabra, de color verde musgo, dotado de cuernos y orejas puntiagudas, que habitaba en lo más profundo del bosque y cuidaba los árboles y animales de todo tipo que allí vivían, protegiendo incluso a las arañas, alacranes y culebras que se ocultaban entre la hierba. El Busgosu guiaba a los pastores cuando se perdían por las brañas y era enemigo declarado de leñadores y cazadores.

Sabina escuchaba a su abuelo ensimismada, con la boca abierta de par en par y los ojos como platos. Él acabó su narración, acarició el cabello rojizo de Sabina, le dio el abrazo de buenas noches y le recordó lavarse los dientes antes de ir a la cama.

Esa noche la niña se acostó con las imágenes del relato. En su sueño, el Busgosu tenía la cara de Lucas y los dos se perseguían entre los árboles montados en enormes lagartijas de dos colas.

Al día siguiente, Sabina contó su sueño a Lucas mientras se dirigían a la torre.

-¡Menuda *babayada* de sueño! – dijo Lucas.

-Ya te dije que *nun* cogieras más lagartijas ni me asustases con ellas. ¡Va a *enfadase* el Busgosu y te vas a enterar!

Después de jugar al escondite y darle dos vueltas a la torre persiguiéndose, cuando iban a comenzar la batalla diaria por alcanzar la cima de la escalera, descubrieron sorprendidos que en el tercer escalón había dos hermosas manzanas, de piel roja y brillante.

-Mira Panoya, se le habrán olvidado a alguien- dijo Lucas.

-No, Pelupinchu- dijo Sabina con un grito de júbilo- ¡son un regalo del Busgosu!

-¿Y por qué nos iba a hacer un regalo?

-Porque ayer *nun* cazaste la lagartija de dos colas.

- ¿Tu crees?...

-¡Seguro que sí!

Aquella tarde resultó vencedora Sabina en la conquista de la escalera y en lo más alto de la torre

se comieron cada uno su manzana, saboreando a dentelladas el dulce regalo del Busgosu.

III

Desde aquel día, todas las tardes se encontraban los dos amigos un par de apetitosas manzanas en el tercer escalón de la subida a la torre

Poco a poco fueron ganando confianza, perdiendo el miedo y llegaron a desear encontrarse alguna vez con el busgosu para poder agradecerle en persona sus regalos, pero nunca se le veía por allí. Los dos comprendían que su generoso amigo verde tendría mucho que hacer, todo el día protegiendo animales, cuidando plantas y espantando cazadores, pero no perdían la esperanza de llegar a verle en alguna ocasión.

Desde su atalaya de la torre, los niños iban observando el cambio que se producía en su bosque con el paso de las estaciones. Poco a poco se cubrían los árboles de flores y brotes verdes, la hierba se salpicaba de margaritas, los pájaros entrelazaban sus trinos más coloridos y el aire olía cada vez más a primavera.

Faltaba poco para el noveno Cumpleaños de Sabina y este año ella propuso a sus padres celebrarlo con una fiesta de disfraces para los amigos, en el patio de casa. Sentada con Lucas en la plataforma de la torre, comentaban los dos sus ideas para los respectivos trajes, que llevaban pensando más de una semana.

-Yo iré de mejicano- decía Lucas- *voy ponéme* una manta de colores en el hombro y un *sombrero* grande que *tien* mi padre, que le tocó en la tómbola.

-Pues yo iré de hada y llevaré el traje rosa y una toquilla de encaje de mi abuela con dos alas de cartulina *engancháes* en la espalda... ¡ah, y también una corona de flores!

- Si quieres te ayudo a recoger flores, *les más prestoses* son esas blancas que hay junto al río.

- Vale Pelupinchu, ¡Pues vamos al río!

- ¡*Faltosu* el último !

Los dos bajaron la escalera y entre gritos, risas y empujones, emprendieron veloz carrera hacia la carbayera.

El río ese mes de abril bajaba muy crecido por las abundantes lluvias del invierno pasado y había que tener precaución. Ya se lo había dicho a Lucas su abuela esa misma mañana con grandes

aspavientos, cuando desayunaban los dos en la cocina: "Que había que *andáse* con *cuidao*, que no se recordaba invierno como aquel, que había caído el agua a chuzos como nunca se vió"... Lo cierto es que esto mismo lo repetía invariablemente la mujer todos los años y Lucas no le prestó demasiada atención.

IV

Los dos niños cruzaron la carbayera y se dirigieron al río.

Sabina comenzó a recoger flores junto a la orilla, mientras Lucas se encaramaba a un anciano carbayo de gruesas ramas torcidas, con la intención de irle indicando a su amiga desde allí donde se encontraban las mejores flores.

El niño trepaba con dificultad intentando llegar a lo más alto del árbol. De pronto se paró en seco al escuchar gritos de Sabina. Volvió la cabeza y comprobó espantado como su amiga, sin poderlo remediar, resbalaba en las piedras cubiertas de musgo hasta caer en el río y comenzaba a ser arrastrada por la corriente.

Lucas, muy asustado, bajó por las ramas del roble lo más rápido que pudo gritando también, pero antes de poner los pies en el suelo vio con el rabillo del ojo una fugaz sombra azul que se lanzaba al agua y nadaba hacia Sabina. Aquel extraño ser llegó hasta la niña que se debatía dando grandes palmetazos en el agua, la agarró por debajo de los brazos y nadó de espaldas sujetándola fuertemente hasta depositarla en la hierba de la orilla. Después, desapareció entre los árboles tan rápido como había llegado.

-¿Quién era ese hombre?- dijo Lucas, que todavía no se había recuperado del susto.

-¡No era un hombre, era el busgosu!- contestó Sabina, todavía jadeando .

Sabina se sentó a secar al sol, Lucas le prestó su chaqueta para abrigarse y cuando se sintieron algo más recuperados se dirigieron hacia el pueblo.

Decidieron no contar nada del incidente al llegar a casa, seguramente no les creerían y aunque les creyeran, con toda seguridad no les dejarían volver a jugar juntos en la torre. La lluvia cómplice que les sorprendió en el camino de vuelta facilitó las cosas, haciendo que pasara desapercibido el traje mojado de Sabina.

Antón llevaba toda la vida viviendo en la cabaña del monte con sus vacas, sus perros y sus gallinas. Siempre le había resultado más fácil relacionarse con los animales que con la gente del pueblo. Hacía varias semanas que había descubierto a los dos niños que jugaban por la tarde en la torre minera y se entretenía mucho observándolos. Más adelante se le ocurrió dejarles unas manzanas para la merienda y disfrutaba viendo con qué gusto se las comían. Fue una suerte, pensó, que decidiera seguirles en su camino a la carbayera, porque la neña se podría haber ahogado de no sacarla del río. Puso a secar su mono azul en la cuerda sobre la chimenea y se acostó satisfecho.

Lucas y Sabina caminaban como todas las mañanas por el sendero que conducía a la escuela.

-¿*Parezte* a tí que era de verdad el Busgosu?- preguntó Lucas.

- ¡Que si, Pelupinchu, que sí!

- Pero *esti* era azul, no verde...

- ¡A ver ho, el busgosu puede cambiar de color si *quier*...¿Nun ves que ye mágicu?

Mientras, una sombra azulada se fue tornado en verde, cubriendo de borrina el valle.